

Un día en el golfo de Urabá¹

Abro los ojos.

No.

No es el cielorraso blanco del departamento de Palermo. Tampoco las chapas de la casa de rosarina.

El techo azul de la carpa refleja la incipiente claridad. Me doy vuelta y recuesto mi cara sobre la colchoneta roja.

En segundos Miguel gritará "Argentinooooo... que ya son las seis y media". Mentira, son las seis, pero me saben remolón y empieza a despertarme desde un rato antes. Me asomo por la puerta de la carpa y miro a los cerros que son aún más altos por los enormes árboles. Con pereza termino de salir para acostarme en la hamaca paraguaya que está colgada en unos postes que sostienen el especie de quincho que está armado sobre la carpa.

Elba ya tiene preparada agua hervida, con la que me preparo un gigantesco tazón de tinto (café) acompañado con unas galletas saladas. Elba es la cocinera, parece sacada de un libro de Mark Twain. Es negra gorda y vive hablando de sexo de forma bastante vulgar, tirándose pedos, eructando y escuchando la omnipresente radio.

"Transmite radio Bucanero, Cartagena, seis y quince, hora super, seeeeeeeeeee y quiiiiiiiiiiiiince". Y enseguida música chicha, con letras dedicadas a cualquier vaina: el culo de una mina, el partido de fútbol de la selección, las gestiones Betancur por la paz con la guerrilla, otra mina que es tan brava que se las va a enviar al M-19. Una voz femenina canta:

"cuando era pequeña
me daban sopa de mmmmmuda
ahora que soy grandecita
me dan mmmmm peluda"

Pero la canción de "moda" está referida a un hombre que mostró debilidad y que a partir de eso las mujeres de la casa (esposa y suegra) se aprovecharon de él. El estribillo dice "me vieron llorando, de eso se agarraron".

"... seis y cincuenta y cuatro, hora super, seis y cincuenntnnnnnta y cuaaaaaaaaaaaaatro". Y luego cambia bruscamente el registro, hacia uno serio, neutro, profesional: "Cadena Caracol. Bogotá. Informó el ejército de seis guerrilleros fueron muertos en enfrentamientos en el área de Popayán".

¹Escrito en los primeros meses de 1985, en un paraje conocido como Tibirri, en la áera del Darién, sobre el caribe colombiano. Paso a formato digital y correcciones mínimas en su sintaxis en Febrero/Marzo de 2013.

Después del tinto con galletas voy hacia el campamento de arriba, unos seiscientos o setecientos metros subiendo por el curso del río. hace ya rato que Miguel tiene todo preparado "Argentinoooo... que lo estamos esperando, hombreeee". Es mentira, recién son las siete y veinte y los buzos todavía no han aparecido. Mientras llegan nos ponemos a preparar las cosas para el día de trabajo.

Terminamos de arreglar las cosas y nos sobra tiempo. Nos ponemos a hablar de todo un poco con Richard, uno de los patrones que viene de Medellín. Hablamos de comidas argentinas, desconocidas para él y colombianas desconocidas para mí. O de la universidad carísima y casi inalcanzable para los colombianos. O de fútbol, básquet, política... La charla con los campesinos de Tibirri es alucinante, es como descubrir otro universo, pero hablar con alguien de clase media es un remanso, es tener una serie de elementos comunes que permiten aflojar un poco en un lugar en donde siempre estoy en guardia. Richard es inteligente y culto, neutro políticamente, más bien de izquierda. Alguna vez dijo "En Cuba se vive rico, pero después de casi 30 años de revolución tendrían que estar mucho mejor".

A eso de las nueve llegan los buzos y con Miguel nos vamos a prender los motores de las dragas. No tienen encendido automático, así que hay que pasar una cabuya (cuerda) por el volante (polea) y jalar (tirar) con violencia para ver si arranca. Los motores son mañosos, difíciles de prender y los primeros días pasaba largos minutos tirando de la cabuya y volviendo a enroscarla en el volante sin resultado. "Motores hijos de mil puta", grito desaforado, y todos -buzos, motoristas, patrones- se desternillan de risa. "Argentinoooo... usted está loco". Les causa gracia mi entonación hijodeputa en lugar del jueputa colombiano.

Por fin, ya prendieron los dos motores. Estoy empapado de sudor.

Todavía los buzos se pasan un largo cuarto de hora acomodándose el traje y dando vueltas hasta que no tienen más remedio que tirarse al agua.

Me indican "La draga más para allá" "otro poco" "no tanto" "así" "un poco más" "ahí está bien, suba los motores, nomás, hermano". Giro la palanca y las dragas vibran al máximo de su potencia.

Son las nueve y media, ya el sol golpea despiadadamente. Después de tres peladuras se puede decir que la piel se me ha acostumbrado. Me tiro a la vera del río, en un lugar con sombra y me pongo a leer y a escribir.

Sale un buzo "La draga más para allá. Ahí".

Las dragas son dos motores montados sobre flotadores tipo catamarán. De estos dos motores sale una manguera de unos treinta centímetros de diámetro que los motores convierten en una potente aspiradora. Con ella hacen un pozo hasta llegar al lecho rocoso del río, sobre el cual se asientan los metales más pesados (la "veta"), entre ellos, el oro. El material es "chupado" -junto con el agua, por supuesto- por la manguera y va a un cajón que está detrás de los motores, en

donde hay unas canaletas y bolsas de arpillera en donde quedan atrapado mucho material entre él, lo que es más importante, limaduras de oro.

Volvamos a Tibirri, estoy sentado viendo como la draga está atada a una roca que la sostiene en tensión con la bajante del río. Leo un libro y miro los montes raleados de selva por los campesinos que van invadiendo las tierras para sus animales y la siembra de arroz.

Son las diez y media. Le digo a Miguel "Voy a buscar el desayuno, cuídeme la draga". Vuelvo al campamento de de abajo. Me recibe Elba "iuujuuu, que ahí viene el argentinooo... qué estuvo culiando hombre que trae esa cara".

Sigue la radio. "... once y siete, hora super, onnnnnnnce y sieeeeete "

Me sirve el desayuno. Arroz, siempre arroz, que puede estar acompañada de lentejas, frijoles, plátano frito, arepa, agua panela, leche, huevos. Elba se asombra de todo lo que como. Debo haber engordado seis o siete kilos desde que llegué al campamento "Claro hombre, si cuando vino por aquí era pura mochila", se ríe Ramiro, otro patrón. El desayuno es la comida más abundante del día.

Me ponen el desayuno de Miguel en una olla y se lo llevo hasta el campamento de arriba. Mientras él come, yo lo cuido la draga.

Un motor de la draga de Miguel se pinchó (chupó aire) y se apagó justo cuando yo estaba a cargo "Motor hijo de puta!" y todos se ríen otra vez. Pero ahora el motor está caliente y a los dos o tres tiros de cabuya se enciende y podemos seguir trabajando casi sin detenernos.

Un buzo pide la pala, va a ver la pinta de la mina (ver si hay oro). Saca tres o cuatro paladas que deposita en una batea en donde hábilmente se deshace del grueso del material. Inclina la batea y detrás de la arena negra fulgura un bellissimo destello dorado. "Linda pintica hombre!" dice alborozado Miguel. "Hoy vamos a sacar seis más de tres castellanos" Un castellano son 4,6 gramos. Adelantándome a los pronósticos de la noche, cargándolo a Miguel le digo "Hoy sacamos tres castellanos, dos cuchillas y tres reales". En el exótico sistema de medición, tanto nueve chuchillas como dieciséis reales son un castellano. A eso hay que agregarle las libras, que son doce castellanos. En el lenguaje coloquial todos hablan con bajísima precisión... pero cuando se hacen cuentas y se paga todo es muy exacto.

A la una salen del agua Marcel y Adolfo y entran Ramiro y Richard, los patrones: Marcel y Adolfo aprendieron a bucear hace pocos meses, cuando llegaron con la draga los patrones. Si bien el río es de propiedad estatal y las leyes de juego son que cualquiera puede poner la draga donde lo crea más adecuado, hacerlo sin el ok de los campesinos de la zona es imposible; su faena en el emprendimiento es parte del acuerdo pero su productividad es bastante mediocre. Eso hace que cuando Ramiro y Richard entren al agua lo primero que hagan sea revisar el trabajo hecho en la mañana y relocalicen la senda de obra en busca de la caprichosa veta de oro.

Nuevamente entonces, los buzos entran y salen y yo voy moviendo la draga según sus indicaciones hasta que encuentran, un poco intuitivamente, el lugar donde está la veta rica. Una vez que están conformes, mi tarea se hace menor hasta que a eso de las cuatro y media, les avisamos que ya es hora de salir.

Allí empieza mi verdadera ocupación.

Todo el material que chuparon las mangueras y que quedó atrapado en las bolsas de arpillera hay que meterlo, con mucho cuidado para no perder el oro, en un calambuco (tonel). De ahí, con una tutuma (una calabaza ceca, del tamaño de una taza) hay que pasarla por un cajón que retiene los materiales más pesados: cuprita (sulfato de cobre, verde), jagua (negra, hierro), oro (el que se encuentra por aquí es de 22 quilates) y platino.

En el cajón ya quedan unos pocos kilos de material, que ahora es reducido en bateas. Al final, sólo resta un poco de jagua y oro, que sólo puede separar alguien con mucha habilidad en el manejo de la batea, en nuestro caso es tarea Richard.

Uno de los momentos estelares del día es cuando Richard, con una envidiable habilidad, inclina la batea y nos deja ver el oro por debajo de la jagua. La mezcla del dorado cobrizo -ese color tiene el oro por aquí- junto con el negro azabache del mineral de hierro es de una belleza impactante... pero, además, ya nos permite hacer una primera evaluación del trabajo del día.

"uhhh, qué se ve lindo el orito"

Richard sigue manipulando la batea hasta que quedan muy pocas impurezas de jagua que se sacan con un imán y unos granos minúsculos de impurezas varias, cuya variedad de colores los hacen son notorios frente al dorado. Estas piedritas las saca con una larga pinza ad hoc, del tipo de las de depilar.

Sacamos la balanza de dos platillos.

Que son tres castellanos, que son tres con dos cuchillas, que no llegan a los tres... todos hacemos pronósticos.

El oro se pone en un platillo y hay que decidir con que pesa comenzamos. Por el volumen parece seguro que aguantará la pesa de 10 gramos. Si la aguanta, ya son más de dos castellanos, el límite que separa un día bueno de uno malo.

Ahora está más difícil... podrá la de cinco? Si, la puede, ya son más de tres castellanos, es un día verdaderamente bueno.

Se sigue así con las pesas hasta llegar al peso exacto, con una unidad mínima de medida de 10 miligramos. Lo que es la fuerza de la tradición, con las dificultades que tienen para las cuentas, los esfuerzos que hacen los campesinos para transformar los datos en gramos a castellanos, cuchillas y reales.

Todos estamos presentes y seguimos con atención la operación de pesaje. Una vez por semana nos pagarán, en oro, un porcentaje: 50% para los patrones, 30% para los buzos campesinos y 20% para los motoristas (o sea Miguel y yo).

Terminamos de pesar, ya son las seis de la tarde, ha caído la noche.

Tirado en la hamaca, viendo la inmensidad de la selva, me quedo charlando con Marcel y Adolfo. Les pregunto de su vida, sus costumbres, sus ideas; no les gusta nada que los interpele, pero igual me responden. Como pago les enseño matemáticas, les interesa mucho aprender a dividir. Yo imagino notas periodísticas que den cuenta de una realidad que para mi rutina es extravagante.

Marcel prende un cigarrillo con inconfundible olor a marihuana. No es escandaloso ni mucho menos, en esta zona la marihuana es más barata y consumida que el tabaco.

Se hace tarde, se van los campesinos y yo me voy para el campamento de abajo.

Elba está dando los últimos toques a la cena. Sobre su descaro, ha tirado varios cigarrillos de marihuana y bazuco (pasta base). Sin que tenga mucho que ver con nada, me recibe con un "lo mejor que saben hacer las mujeres es chupar la fruta".

No debe tener más de 35 años, dice haber dado a luz a ocho hijos, conformó "no se acuerda cuantas" familias, casi todas polígamas. A los catorce años convivió por primera vez, cuando su padre la cambió por una vaca, como es costumbre por aquí (es muy diferente a la dote?). Parece terrible, pero creo que es feliz.

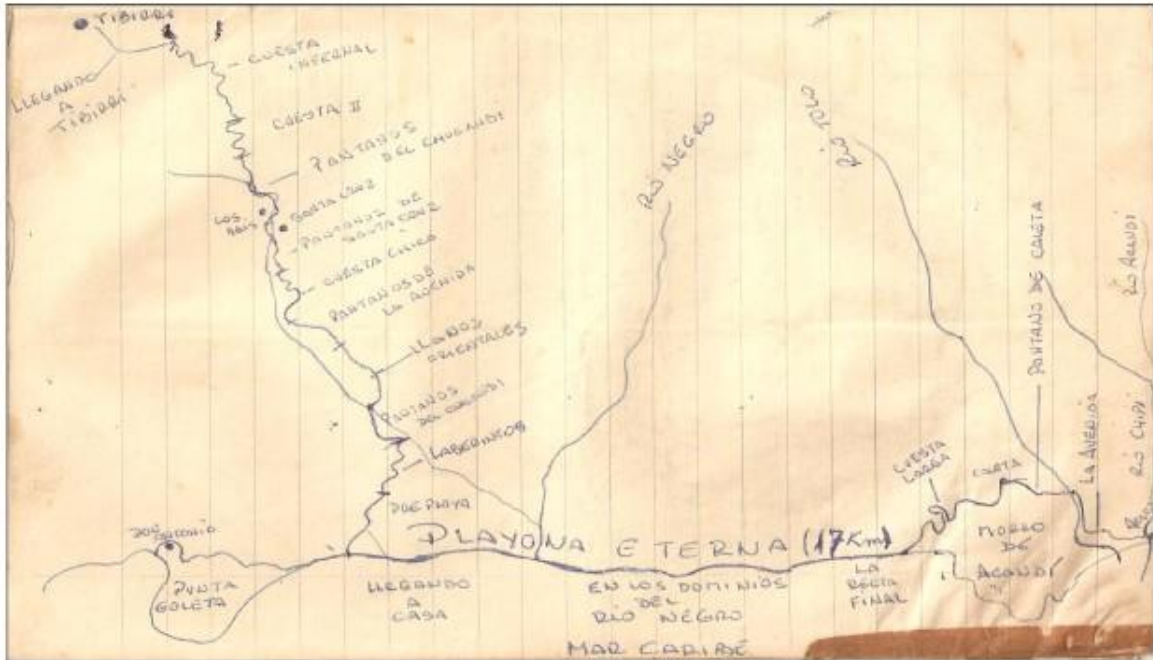
Como más todavía que a la mañana, y con la panza hinchada y caminando a duras penas llego al campamento de arriba para tirarme en la hamaca a pensar. Fumo un cigarrillo, tabaco, "Piel Roja" sin filtro. La marihuana es demasiado fuerte para mí que estoy poco acostumbrado, sólo la pruebo ocasionalmente y vienen de todos lados ("Que el argentino va a fumar!" llaman) para ver cómo me deja tumbado y en estado catatónico.

Cuando no llueve y el viento es propicio, se siente el rumor del mar, que está a unos tres o cuatro kilómetros. El Caribe es maravilloso, como un cuento de piratas, con las palmeras descolgándose sobre el agua turquesa.

Este fin de semana saldré de Tibirri y, después de siete u ocho horas de caminata, llegaré hasta Acandí, en donde cambio el oro por dólares y duermo en la pensión del pueblo. Voy descalzo como un campesino más, atento, porque a pesar de los harapos que me igualan a cualquier habitante de por aquí, mis tez blanca, mis ojos claros y el pelo rubio hacen imposible mimetizarme con ellos.

Es un paseo extenuante pero maravilloso, sobre playas desiertas y selva que se lanza al mar. Se recorre una senda que en partes se convierte en un lodazal, y que empieza con una cuesta que serpentea entre montes y ríos antes de caer al mar Caribe. Por una playa infinita se recorre un

largo trecho hasta un morro que se adentra en el mar y al que se sube para caer desde las alturas sobre el camino al caserío de Acandí. Allí hay cuatro o cinco manzanas, una oficina de correos, alguna presencia estatal (escuela, juzgado y policía) y muchos bares en donde tomar ron y cerveza hasta morir. También el lugar en donde se cambia el oro por dinero constante y sonante.



Mapa levantado in situ del camino desde Tibirra hasta Acandí. Son entre siete y ocho horas de un recorrido extenuante. Punta Goleta, indicada en el mapa, es el inicio del istmo centro americano.

De la colchoneta voy a la cama. Con una vela me pongo a leer un libro. En el campamento hay una pila de Selecciones del Reader Digest y su copia soviética, la Sputnik. Ya me he devorado toda la literatura que tenía, por lo que no hubo más remedio que arremeter con esa basura.

Radio Habana anuncia el enésimo cambio de frecuencia y me da pereza buscarla en el dial. Ha vuelto a llover. Al taparme con la manta me siento protegido.

Poco a poco dejo que el sueño me venza. Ha sido un buen día.

